



PREGON  
DE LA SEMANA SANTA  
CARTAGENA 1997



Eduardo Zaplana Hernández-Soro

*melint*

EDUARDO ZAPLANA HERNANDEZ-SORO

# Pregón de la Semana Santa

Cartagena, 1997

Publicación patrocinada por la  
**Caja de Ahorros del Mediterráneo**



EDUARDO ZAPLANA HERNÁNDEZ-SORO



Pregón de la Semana Santa



Pregón de la Semana Santa de Cartagena  
pronunciado por Eduardo Zaplana Hernández-Soro,  
Molt Honorable President de la Generalitat Valenciana,  
el Viernes de Dolores, día 21 de Marzo de 1997,  
festividad de la Patrona de la Ciudad,  
en el Nuevo Teatro Circo.

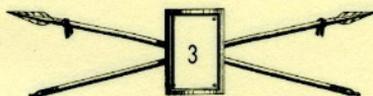


Como para vosotros será fácil imaginar, mi quehacer diario me lleva a hablar en público con gran frecuencia sobre los temas más diversos.

He sido pregonero en distintas ocasiones y ante muy variados auditorios.

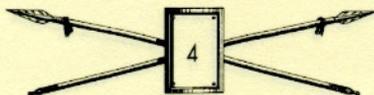
Pero faltaría a la verdad si no reconociera que este Pregon entraña para mí una gran dificultad y un gran significado.

Si el Pregonero de la Semana Santa de Cartagena siempre se caracteriza por ser persona brillante que lee un texto cargado de significado, envuelto en lenguaje elaborado, yo no sólo no reúno esa condición, sino que las emociones que se agolparon sobre mí a la hora de redactarlo y que vuelven hoy a estar presentes, hacen muy difícil que pueda cumplir con los habituales requisitos exigidos y a los que estáis acostumbrados.



Por ello pido hoy, primero comprensión e indulgencia para con mi persona, y quiero, después, agradecer profundamente el honor que me habéis dispensado escogiéndome como Pregonero de la Semana Santa Cartagenera, que constituye todo un orgullo y un privilegio que acepto encantado, asumiendo la responsabilidad que conlleva.

Voy, por tanto, a intentar cumplir con este cometido, sabiendo de antemano que se impondrán los sentimientos y la emoción que atraen mis recuerdos, a la brillantez que el acto requiere.



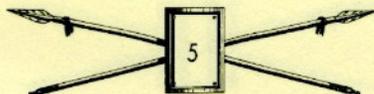
Querida Nazarena Mayor  
Excmas. e Iltnas. Autoridades  
Señoras y señores,  
Amigas y amigos

Desde esa gran responsabilidad a la que hacía referencia, me enfrento a vosotros sin un guión claro, porque son demasiadas las cosas que en este breve tiempo, quisiera transmitir.

¿Qué puedo decir yo de la Semana Santa a los cartageneros?

¿Interesará a alguien los recuerdos imborrables que anidan en mi corazón?

¿Sería conveniente hablar en este Pregón de Cartagena, de su vida ciudadana, de mis recuerdos?



¿Debo hacer un Pregón, dejándome llevar sólo por la nostalgia de las cosas entrañables que aquí me han sucedido?

No tengo respuesta a estas preguntas y, por ello, imagino que hablaré un poco de todo esto y de algunas cosas más, aunque sea de forma un tanto deslavazada, pero desde lo más profundo de mi corazón.

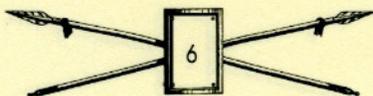
Pero, la primera reflexión que me hice es ¿por qué yo Pregone-ro?

Sin duda habrá influido, de forma decisiva, que hoy desempeñe una responsabilidad institucional de gran importancia como es la Presidencia de la Generalitat Valenciana.

Y si esto es así, y ese es el motivo fundamental por el que ahora os estoy hablando, no es menos cierto que no coincido con aquella frase de San Agustín cuando afirmaba que «yo soy dos y estoy en cada uno de los dos por completo», sino que yo creo que uno es sólo uno y en él conviven perfectamente todos sus recuerdos, experiencias, circunstancias y condiciones de todo signo, positivas y negativas que siempre acompañan la vida de cualquier persona.

Y perdonadme si el presidente de la Generalitat Valenciana que es abogado, casado y padre de tres hijos, hoy quiere que predomine su condición de ser hijo de Juan Zaplana Chaparro y de María Hernández-Soro Barroso.

Porque para mí sería imposible hablar hoy en Cartagena sin el recuerdo y la referencia obligada a mis padres, él marrajo, ella californiana y ambos cartageneros.



Cuando os decía que los sentimientos se impondrían esta mañana, me refería a estas vivencias que os quiero transmitir.

A mi madre la enterramos, siendo yo aún pequeño, cubierta con el manto de los californios. Su devoción a la Virgen se plasmaba a través de tan ilustre cofradía en la que sus antepasados habían ocupado lugares relevantes, entre ellos D. Juan y D.<sup>a</sup> María Soro Macabich, la primera mujer que cantó la Salve cartagenera en la Iglesia de Santa María.

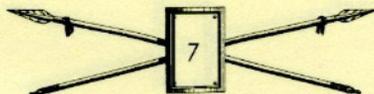
De mi padre puedo contaros que al morir y recoger yo documentación suya personal, encontré una carta dirigida a un amigo con cargo importante en el entonces Ministerio de Marina, al objeto de recomendarme para ingresar en la Academia General del Aire.

Al margen de otras consideraciones que contenía tal escrito, aludía (como argumento que permitía su petición y reforzaba su antigua amistad), al hecho de pertenecer ambos al Jesús Nazareno Marrajo, relatando los grandes esfuerzos realizados durante años para conseguir la brillantez de sus desfiles.

¿Comprendéis ahora por qué para mí no es fácil este Pregón?

Mis hermanas y yo nos dividimos también al cincuenta por ciento, según el reflejo de nuestros padres, entre marrajos y californios.

Mari Carmen y María José, californios. Marisa y yo, marrajos. Y aquellas disputas tradicionales entre «cali» y «marra», todavía se repiten entre nosotros coincidiendo con algún encuentro familiar.



Llegado a este punto, hay que dejar constancia de que aunque quien os habla es marrajo, ello no es obstáculo para que, en esta eventual y efímera profesión de Pregonero, mezcle en mi alma los colores morado, encarnado, blanco y negro de nuestros desfiles pasionarios.

El ser de una cofradía no puede invalidar el respeto y la admiración que debe sentirse por las demás y, en mi caso, de forma muy especial, por la referencia anteriormente hecha.

Todas contribuyen a ese fenómeno sociológico y cultural que se viene repitiendo, sistemáticamente, en estas fechas desde hace siglos.

La Semana Santa, es pues, un todo colectivo.

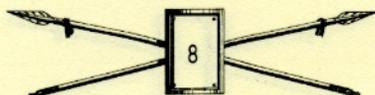
Siempre la he visto como algo vivo en la que no podemos desligar sus actos y liturgias de las experiencias personales vividas a lo largo de los años.

Además, la Semana Santa de Cartagena, no es una Semana Santa más.

Es parte de la historia de esta ciudad que ha visto como, del cirio penitencial, se ha pasado a la luz rutilante de los hachotes.

Cómo los penitentes ya no arrastran la cola de sus túnicas y los tronos son ahora gigantescas ascuas de luz y flor, comparados con las peanas de antaño.

Y si esta evolución es positiva y necesaria, no lo es menos recordar los orígenes de esta hermosa tradición.



Pero como es lógico, dentro de las procesiones cartageneras hay partes o momentos que cautivan más según a quién.

Y si no, ¿qué ocurre con la Virgen de la Piedad que despierta esas oleadas de fervor?

¿Cómo se explica que miles de personas se apiñen tras la Virgen, por un incómodo recorrido, donde apenas se la puede ver por la lejanía de su trono?

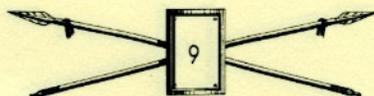
El tiempo y la perseverancia ha convertido un simple traslado en una efusiva manifestación de fe.

Aunque la Procesión se llame de las promesas, muchas de las personas no tienen ninguna y, sencillamente, quieren acompañar a la Virgen.

¿Y cómo se explica el fervor con que los cartageneros cantan la Salve en la puerta de la iglesia, cuyos ecos van retumbando, de calle en calle, como si las estrofas no quisieran terminar nunca?

¿O el tan ponderado y admirado «orden» de nuestros desfiles pasionarios que hacen única y distinta la Semana Santa Cartagenera, poniendo de relieve el sacrificio, la marcialidad y la gallardía de los capirotos?

Cada uno es muy dueño de destacar aquello que más le imponga o aprecie. Yo, si me lo permitís, quisiera aplaudir la, para mí, magnífica iniciativa de recuperar esa ancestral costumbre de llevar los tronos a hombros dando pie al nacimiento de los «camballeros portapasos» con los que tuve el honor de participar hace



tres años llevando el trono del Jesús. De Nuestro Padre Jesús Nazareno.

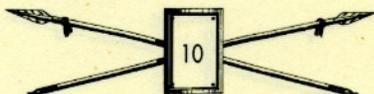
Muchos años hacía que de las procesiones habían desaparecido los portapasos, por diversas causas y ahora su presencia de nuevo sirve, sin duda, para revitalizar los desfiles.

Y si de momentos que cautivan hablamos, qué me decís de la salida del Tercio y Trono del Jesús Nazareno desde la Pescadería y su posterior recorrido, con la llegada al Lago para hacer el Encuentro.

De los muchos momentos que el tiempo va dejando en la historia de la Semana Santa, uno muy significativo fue éste de que Jesús saliera de la Lonja del Pescado, junto al mar, con el decorado inigualable de los barcos pesqueros abarloados, con los olores del entorno marinero y con las gentes, esas miles de personas emocionadas, que presencian la salida del Jesús con la cruz a cuestas, mientras el aire se llena con el desgarrar de la saeta.

Si esas gentes se emocionan, imaginaros que podrá sentir el anónimo portapasos que en el Trono mete el hombro, más con el alma que con el cuerpo. Es difícil explicarlo con palabras.

Y cuando aún no se ha evaporado la emoción que nace en el Barrio de Santa Lucía, sin tiempo para recuperaciones, sigue otro momento especial. Surge el Encuentro, otro hito de la Semana Santa Cartagenera, que eleva la temperatura vital de los presentes cuando la Madre y el Hijo se encuentran en la calle de la Amargura Cartagenera que es el Lago.



En la precisa esquina de la Plaza de la Merced, los tronos, los cofrades y las imágenes parece que van a fundirse unos con otros.

Se acercan y se alejan, una y otra vez, con movimientos que marcan la emoción de estos instantes.

Y qué entrañable resulta la procesión del Martes.

La Cofradía California está en la cima de sus preparativos y los culmina con esa original procesión del traslado de sus Apóstoles que ha adquirido una categoría inigualable.

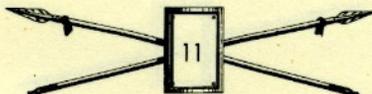
No se trata sólo de trasladarlos a la Iglesia de Santa María, sino de hacerlo con tal estilo y gracia, que se convierte en un espectáculo vibrante.

Mientras suenan las salvas de ordenanza en honor de Santiago, patrón de España y del ejército, que inicia su salida desde el Gobierno Militar, San Pedro, en el Arsenal, las escucha dispuesto a ponerse en marcha por las calles de la ciudad, sabiendo también el santo pescador, que San Juan ha salido ya del Parque de Artillería.

Tienen los tres una cita en las Puertas de Murcia.

Ya han recibido los honores que les dispensan los organismos castrenses que les acogen y protegen, y ahora solo queda recoger la admiración de todo el pueblo.

Así de sencillo, y así de magnífico.



Una noche, la del Martes Santo, donde miles de personas se agolpan en el corto recorrido para admirar a su Santo predilecto. Sampedristas, sanjuanistas y santiaguistas, nunca defraudan porque es su desfile exclusivo.

Perdonadme que os cuente cosas que ya sabéis, pero son recuerdos de este Pregonero que nunca borraré de mi memoria, de la Semana Santa Cartagenera.

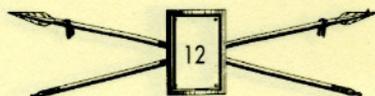
Y entre ellos no puede faltar el contraste que supone la procesión del Jueves Santo.

De la luminosidad se pasa a la oscuridad, al silencio y todos los integrantes de la procesión se tapan el rostro en señal de respeto, cesando los sonos vibrantes del tambor porque el impresionante Ecce Homo, con la caña a modo de cetro el popular «Cristo de la Caña», recorre las calles entre el silencio expectante de las gentes y la tenue voz de los cirios penitenciales.

Pero veréis que no he destacado todavía las dos procesiones que constituyen las manifestaciones de esplendor de californios y marrajos.

Las del Miércoles y Viernes Santos.

En la procesión del Miércoles se dan todos los ingredientes que caracterizan nuestro desfiles pasionarios, donde los variados colores de los atuendos de los capirotos ofrecen como una serena alegría, dentro del drama de la Pasión del Señor, cuyas escenas están fielmente representadas.



Permitidme que destaque especialmente, la emoción que irradia el dolor reflejado en el rostro de la Virgen, ese día. La Virgen del Primer Dolor. La Virgen de mi madre.

La del Viernes, es la más severa procesión. La del Santo Entierro.

Recuerdo que en ella desfilé dos años. Durante el desfile se vive con toda intensidad los momentos de la Soledad tras la muerte de Jesús. Soledad que refleja la Virgen que lleva ese nombre que ha padecido el sacrificio de su Hijo amado.

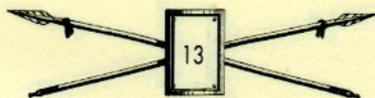
Los colores, ese día, invitan al recogimiento, la tristeza y el luto dentro del acostumbrado esplendor y majestuosidad que caracteriza los desfiles de la Semana Santa.

Qué contraste con el Domingo de Resurrección donde destacan los colores blancos de felicidad y alegría.

La victoria de la vida sobre la muerte se pone de manifiesto porque Jesús Triunfante anuncia con su resurrección las verdades de su amor por la humanidad.

Sin el Domingo de Resurrección toda una Semana de Pasión y Muerte hubiera sido estéril y es la Cofradía del Resucitado la que se encarga de dar testimonio de alegría y de amor.

En la mañana del Domingo, será la Virgen del Amor Hermoso la que con su semblante sereno, entre el volteo de campanas y lágrimas de emoción, recogerá la última Salve Popular Cartagenera.



He dejado, a propósito, para el final de este relato de momentos que se viven con intensidad, los tercios de granaderos y judíos que aparecen en la cronología pasionaria como chispas intermitentes, sorprendiéndote con sus pasacalles en cualquier esquina ciudadana, abriéndose paso como por ensalmo, y desapareciendo de nuestra vista con la misma rapidez con que llegaron.

Estos tercios además de queridos y respetados por todos, son insustituibles en las procesiones, y sus marchas musicales han pasado a convertirse en signos de identidad del cartagenero.

De simples marchas militares son ya como himnos que se aprenden en la niñez y que jamás se olvidan, algo así como el «padre nuestro» de la Semana Santa Cartagenera.

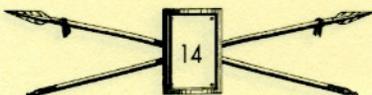
Si los «judíos» simbolizan con su instrucción en los desfiles, el haber participado en la Pasión y Muerte de Jesucristo, los Tercios de granaderos son el recuerdo vivo de la historia pasada y nunca deben suprimirse, ni adulterar su esencia.

Los granaderos son los granaderos, y creo que con eso está dicho todo.

Debo ir acabando.

En ningún caso podría hacerlo sin la felicitación expresa a la Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Paso del Prendimiento, los californios, que celebra este año el 250 aniversario de su creación.

¡Un cuarto de milenio nada menos!



¡Eso es historia!

Y la historia de esta Cofradía está hecha con el esfuerzo, el sacrificio y la superación de miles de cofrades, desde los primeros fundadores que empezaron a completar, en el año 1747, las procesiones conocidas entonces, hasta los actuales cofrades que deben ser fieles continuadores de esta tradición tan arraigada en el pueblo.

La crisis se cebó con Cartagena en las últimas décadas de forma intensa y es lógico que la recuperación de su esplendor requiera un esfuerzo profundo.

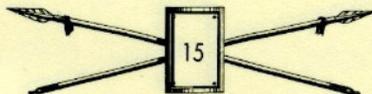
Me consta que esa es la dirección que se ha tomado y que en eso estáis trabajando con voluntad y acierto.

Ni el Nazareno ni el Ecce Homo, ni ninguna de nuestras veneradas Vírgenes, pueden dejar de apoyar el esfuerzo que estáis haciendo. Muy al contrario, estoy seguro que lo podremos comprobar pronto.

Yo hoy me siento emocionado de haber compartido estos minutos con todos vosotros porque para mí, es motivo de orgullo ser el Pregonero de la Semana Santa Cartagenera.

Como veis, para nada lo he planteado como un reto literario. Ni en mi ánimo existe la intención de que permanezcan anécdotas, situaciones o comentarios de los que he prescindido.

Pero, como os he dicho, para mí es muy importante por los recuerdos imborrables que han venido a mi mente.



Cuando escribía sobre el Encuentro venía a mi memoria que era en el Lago donde cogía el autobús para ir al Colegio Hispania que junto con los Hermanos Maristas fueron mis dos colegios de Cartagena.

Cuando les hablaba de la belleza y marcialidad de los desfiles, acudía a mi mente el balcón del Café Mastia donde, junto a mis padres, hermanas y demás familiares veía las procesiones.

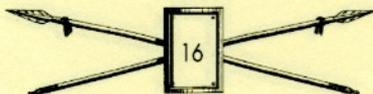
O cuando hablaba de la brillantez y alegría de la procesión del Domingo de Resurrección, asomaba a mi memoria la calle Canales, donde, con frecuencia, vi esta procesión en casa de mi tía María, cerca de la casa de comidas de «El Rojo», gran amigo de mi padre.

Porque, para mí, este Pregón y la Semana Santa es también la oportunidad para recordar a mis seres queridos. A mis padres, a mis abuelos, a mis tíos. Todos ellos marrajos o californios, qué más da.

Mi abuelo Andrés lanzaba a la calle la procesión California. Mi abuelo Eduardo también era de esa cofradía.

Un Pregonero no debe abusar de referencias de índole personal. Pero yo no he sabido sustraerme a ello.

Comprendan y disculpen ustedes que también sienta satisfacción porque en este renovado Teatro Circo, en que tantas veces estuve en mi niñez, estén presentes y me escuchen mis hijas, Rosa y María, y mis sobrinos.



Mis hijas antes de ayer, veían quemarse las fallas que constituyen la esencia de la fiesta más importante y más querida para ellas.

Estos días han desfilado vestidas de falleras y han escuchado las mascletás.

Por ello, me satisface que escuchen y conozcan también que en esta ciudad sus antepasados, que son los míos, dedicaron parte de su vida a manifestar el fervor religioso que profesaban a través de su participación en las distintas cofradías de la Semana Santa Cartagenera.

Californios, marrajos, resucitados o del socorro es lo de menos. Las cofradías son el instrumento esencial para mantener viva la Semana Santa Cartagenera. Para expresar el fervor religioso que, ni en los tiempos de mayor dificultad, dejó de manifestar esta ciudad y que continúa haciéndolo.

Y continuará muchísimos años más. ¡Siempre!

La Salve seguirá alzándose por encima de todos. Superando diferencia y creando un lazo más fuerte que cualquier otro. Invisible, pero enormemente sólido.

Cartageneras y cartageneros. El Alma de esta Ciudad vuelve a manifestarse en las calles un año más.

Todo será parecido, pero no será igual, porque nunca es igual un año a otro. Porque las emociones no pueden nunca imitarse sino que nacen cada vez con su propia personalidad, de la más



hondo de nuestros corazones y, por eso, tienen la virtud de conmovernos siempre.

Para mí no habrá otra Semana Santa como ésta. Me habéis honrado al encomendarme la misión de pregonarla y yo he tratado modestamente de cumplir con ese encargo, a sabiendas que es imposible traducir en palabras los sentimientos.

He ocupado estos minutos para contar cosas que ya sabéis, para hablar de sentimientos que vosotros también habéis sentido.

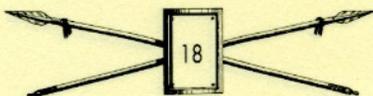
¿Qué otra cosa podría haber hecho?

Querría haberos hablado de infinidad de cosas a las que pensaba referirme.

Del desaparecido Bar San Miguel, de mis nervios en el callejón de Bretau antes de iniciarse los desfiles. De las peleas por despojar los tronos de flores al finalizar la procesión.

En fin, de gratos y queridos recuerdos de mi infancia, a los que el tiempo y la prudencia me impiden referirme.

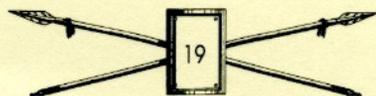
Con vuestro permiso sí quiero decirles a mis hijas que las imágenes que recorren las calles de Cartagena, las pocas que quedan de Salzillo o las de Sánchez Lozano y González Moreno, o las de los valencianos José Capuz y Mariano Benlliure, son las que han ilusionado, emocionado y hecho llorar a cientos de miles de cartageneros, entre ellos, a sus abuelos paternos.



Y ahora acabo de verdad. Y lo hago imitando al tenor Mario Cruz que al querer tapar su «gallo» en este mismo Teatro Circo que abrió por primera vez sus puertas un 31 de mayo de 1879, gritó aquel «viva Cartagena», acuñando la célebre frase.

Esta vez sin que el grito sea una excusa para tapar nada y dándolo desde lo más profundo de mis sentimientos: ¡viva Cartagena y viva su Semana Santa!

Muchas gracias.



© Eduardo Zaplana Hernández-Soro

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena  
Caja de Ahorros del Mediterráneo

Imprime:

Gráficas F. Gómez. Cartagena.

Dep. Legal:

MU - 511 -1997





**CAM**

**Caja de Ahorros  
del Mediterráneo**

